
Juan Madrid



Las apariencias no engañan

E T I Q U E T A



N E G R A

Las apariencias no engañan es la segunda entrega de la serie protagonizada por el detective Toni Romano. A través de las diversas formas de violencia y agresividad, Juan Madrid intenta denunciar al Estado como principal responsable de la criminalidad, al tiempo que formula una crítica ideológica de la sociedad y expone la conflictividad imperante en la sociedad española de los años 80 del pasado siglo.

A Luis Pasamar
Y a Miguel Vidal Santos

1

Por aquel entonces yo trabajaba de vigilante armado en una sala de baile llamada La Luna de Medianoche, que se encontraba en la calle Jardines, muy cerca de la Puerta del Sol. Allí tenía categoría de camarero y sueldo de lo mismo, aunque sin propinas. Llegaba sobre las diez y me marchaba a las cuatro de la madrugada, cuando cerraban, y todo lo que tenía que hacer era evitar que robasen y que no se extralimitaran los borrachos. Lo que me diferenciaba del resto de los empleados era la obligación de llevar siempre mi Gabilondo. De modo que todas las noches acudía a trabajar con el revólver en la funda de la cintura, porque en la sobaquera se notaba mucho con los trajes ligeros.

Para entrar en el local había que descender unos escalones enmoquetados hasta una especie de vestíbulo donde se encontraba el guardarropa. De allí partía otra escalera que conducía a los servicios y al cuarto de camareros, que solía permanecer cerrado. También del vestíbulo surgía la sala de baile propiamente dicha, con cabida para cuatrocientas personas sentadas y de pie, atendidas en dos grandes barras, cada una a un extremo del salón. La pista estaba en el centro y a la izquierda se encontraba la cabina de Charli, el pinchadiscos.

El local estaba decorado en verde y blanco y con las luces apagadas no se notaban las porquerías de la moqueta ni las quemaduras de los sillones, aunque poco debía importarle eso a la gente ya que aguantaban sin protestar las bebidas de garrafa, las aglomeraciones y la mala ventilación.

Podía beber gratis, charlar con mi novia, Lidia, la chica del guardarropa y, si todo estaba tranquilo, hasta descabezar un sueñecito en el sofá del despacho del jefe en el piso de arriba. Lo malo de ese trabajo consistía en tener que pelear con los borrachos y en aguantar la estridente música moderna. Como no conozco ningún trabajo sin sus puntos flacos, me encontraba regularmente contento.

Una noche se acercó al guardarropa Blas, el encargado, que era un sujeto pequeño de bigotito blanco, que de joven había sido un peso gallo de cierta fama. Presumía de que llegó a aguantarle cinco asaltos a Jean Cracovian por el campeonato del mundo, aunque siempre sospeché que aquello era otra de sus mentiras.

Blas me miró largamente como tenía por costumbre, ya que nunca conseguí siquiera el campeonato de España, y me dijo:

—Toni, ahí hay unos tíos organizando follón.

Quitó el codo del mostrador y apagó el cigarrillo en el cenicero. Lidia le sonrió, indicándome así que fuera amable con él. Fue ella la que contestó:

—¡Hola, Blas! —saludó—. ¿Mucho trabajo?

—Toni —repitió el encargado— deberías darte una vuelta por el salón. Estás aquí para algo.

Yo tenía un vaso de gintonic al lado, bebí un poco.

—¡Qué cantidad de gente, eh! ¡Y qué calor! —dijo Lidia.

—Toni —me tocó el hombro—. No te vendría mal un poco de curro de vez en cuando. Están ahí al fondo y son dos tíos con una furcia y otro con un acordeón. Ya se han bebido tres botellas de champán. Me gustaría que te acercaras.

—Ya los vi antes, están borrachos. ¿Qué hacen?

—Dicen que la música es una mierda y quieren salsa. Les he dicho que no.

—Eso no hace daño a nadie.

—Quieren que toque el del acordeón.

—¿El del acordeón?

—Sí.

En ese momento se escuchó a través de la estridente música de Charli el sonido de un acordeón. Partía del fondo. La maraña de cuerpos y cabezas no me dejaba ver.

—Ahí los tienes —Blas señaló con el dedo—. Ya se han puesto a tocar. Dejé el vaso y lo acompañé entre la gente hasta uno de los rincones. Estaba oscuro pero los distinguí enseguida. Me acerqué a ellos y sonreí. Los sujetos iban bien trajeados. Uno de ellos era de edad mediana, parecía fuerte y tenía el pelo ondulado, y el otro, que golpeaba la mesa con las manos, joven y rubio. La mujer se reía a carcajadas palmeándose los muslos con ritmo. Era alta, tetona, de pelo muy negro y tenía aspecto de mulata. Sentado en el suelo, un hombre flaco de pelo ralo y cano tocaba el acordeón. El estrépito era de mil demonios.

Coloqué una mano en el hombro del viejo.

—No se puede —le dije.

—Yo no... —empezó.

Era muy viejo, demasiado viejo para estar en el suelo haciendo el ridículo.

—¡Eh! —le gritó al viejo uno de ellos. Era el del pelo ondulado—. ¡Sigue! ¿Por qué te paras?

—Lo siento —le dije—. No se puede tocar el acordeón.

—¡Se jodió! —exclamó la mujer. El joven siguió canturreando y golpeando la mesa—. Ya nos hemos quedado sin música.

—¿Qué te pasa a ti, eh? —la mueca en la cara del tipo de las ondas se acentuó—. ¿No te gusta la salsa?

—Mire —dije despacio—. No se puede. Lo siento.

—¡Vaya mierda! —graznó el rubio—. ¿Qué local es éste donde no se puede bailar?

—No es culpa mía —balbuceó el del acordeón. Me dirigió unos ojos suplicantes—. Me han dicho que tocara.

—¡Cállate, mierda!

—Sí, señor.

—Por aquí hay lugares con música salsa —expliqué.

—Están cerrados —la mujer frunció la boca—. Y yo quiero bailar.

—Si digo que el viejo toca, pues toca —dijo de nuevo el que había hablado antes.

—Deje la fiesta correr —le dije—. Si quieren estar aquí, el del acordeón debe quedarse quietecito.

—¿Quién puede bailar con esos ruidos? —habló la mujer.

—Que pongan merengues —dijo el joven—. Un vacilón. Soltó una carcajada, pero nadie rio.

—Ésta es la música que hay —dije—. A mí tampoco me gusta. Ya he dicho que el del acordeón no puede tocar.

El del pelo ondulado sacó un billete de quinientas pesetas y me lo ofreció en el aire.

—Toma y dile al chiquito de los discos que cambie de música. Yo quiero bailar salsa.

—Claro —dijo la mujer.

—No tenemos salsa.

—¿Qué pasa, te parece poco cien duros? ¿No es suficiente quinientas?

—A lo mejor le has ofendido. Dale mil o nos quedaremos sin bailar —siguió la mujer.

El del pelo le sonrió a la mujer y volvió a agitar el billete.

—No, encanto, con quinientas es suficiente. Y tú coge el billete y corre a cambiar la música. Si no, te vas a aguantar con nuestro acordeón.

—Se está poniendo pesado —dije.

—Nos quedaremos sin bailar, ¿verdad, cariño? —manifestó la mujer. Luego me dijo—: ¿Por qué es usted tan malo?

—Señora, cuando necesitemos una orquesta llamaremos al del acordeón. Se lo prometo.

—Eres un comemierda y te vas a aguantar con nuestra música —se dirigió al viejo—: ¡Toca, viejo, toca!

—No —dije—. Es suficiente con nuestros discos.

—Tu música te la metes por donde te quepa. No la agunto. Es mejor la que toca el viejo. ¡Viejo, dale al acordeón!

—Señor, yo... —balbuceó el del acordeón.

—Si no le gusta esto, márchese. ¿Ha entendido?

—¿Ah, sí? ¿Y quién me va a echar, tú?

Se levantó. Efectivamente era fuerte y grande, de facciones regulares y labios carnosos. Se sabía guapo y quizá lo fuese.

—Anda, échame —enseñó los dientes. El del acordeón se alejó en cuclillas.

—No, si es usted bueno. Nos gustan los clientes chistosos.

—¿Pero quién es éste? —exclamó la mujer.

—El chulo de aquí —dijo el hombre.

—Vamos —dijo el joven rubio—. Por favor, quiero irme. Es mejor que nos marchemos.

—Antes bailaremos. ¡Eh, viejo! —Chascó los dedos en dirección al del acordeón— ¡ponte a tocar!

Aquello era distracción gratis. Se había formado un grupo compacto de gente que miraba. Se acercó Blas.

—¿Qué pasa, Toni?

—A la calle de uno en uno —dije—. Ya me he cansado.

—Aquí no se puede tocar el acordeón, señor —dijo Blas.

—¡Apártate! —el del pelo rizado le empujó.

Blas se revolvió y le lanzó un corto al hígado y después un gancho a la barbilla. La mujer gritó y el tipo alto se enzarzó con Blas a puñetazos.

El más joven saltó de su silla y se me vino encima con un directo a la cara. Era un muchacho rubio con el rostro lleno de cráteres y fue muy rápido. Lo esquivé con dificultad y bloqueé su izquierda, pero se revolvía como un gato. Me alcanzó en la entrepierna de un rodillazo, al tiempo que algo duro chocaba contra mi cabeza. Caí al suelo viendo fognazos.

Cuando desperté, Lidia me sostenía la cabeza. Todas las luces estaban encendidas y no había música. Un corro de caras me observaba.

—No te muevas, tienes sangre.

—¿Dónde están, Lidia?

—Se han ido.

—¿Estás bien? —Blas me sonreía. Tenía un ojo marcado—
—. Les dimos de lo lindo.

—¿Por qué has dejado que se marcharan?

—Ha sido mejor que se fueran. Habían pagado todo.

Pude poner me en pie.

—¿Quién me ha sacudido?

—La chica te ha dado con una botella. ¡La muy cabrona!
—dijo Lidia.

Uno de los camareros, llamado Longares, recogía cristales. Se acercó Charli.

—¿Pongo más marcha o nos vamos a casa?

—Sigue con la música —ordenó Blas—. Ya se han ido bastantes sin pagar. ¡Vaya noche!

Lidia me cogió del brazo y caminamos hacia el vestíbulo. De allí bajamos las escaleras. Su madre se santiguó al verme.

—¡Dios mío cómo te han puesto! —exclamó.

—No grites, madre.

—No ha sido nada —dije yo—, se pasará con dos aspirinas.

—Quédate ahí que subo a buscártelas —contestó la vieja.

Pasamos al servicio. Me quité la chaqueta y Lidia me limpió la herida con una toalla mojada.

—¿Te duele? Se te ha formado un chichón de mucho cuidado.

—¿Los conocías, Lidia?

—Al viejo le llaman el Zazá Gabor. Anda tocando el acordeón por ahí.

—Muy bien. ¿Y los demás?

—No te muevas. Los tíos no sé quiénes son ¿Por qué no dejas las cosas como están?

—Parecían sudacas.

Se encogió de hombros y siguió cuidándome la cabeza.

—Me parece que te van a tener que poner puntos.

—¿Y a la tía, Lidia? ¿La conocías?

—Es la Colombiana, se llama Emilia y antes creo que hacía la calle en Valverde. Ahora me parece que está de camarera.

—¿Dónde?

—No lo sé. ¿Por qué no te estás quietecito?

—¿Estás segura?

—No. Oye, Toni, te han dado un botellazo. ¿Por qué no te quedas tranquilo?

La vieja entró con dos aspirinas y un vaso de agua.

—Anda, tómatelas, hombre de Dios. ¡Jesús, qué trifulca!

Mastiqué las pastillas, bebí el agua y me volví a colocar la chaqueta. El cuello de la camisa se había manchado de sangre, al igual que la chaqueta. Tendría que poner en los gastos el precio de la tintorería.

La cabeza me martilleaba pero ya no salía sangre de la herida.

—Gracias —le dije a las dos mujeres. Lidia me miró preocupada—. Ya es suficiente.

Subí las escaleras, me recosté en el mostrador y le pedí a Braulio un coñac doble. La gente había vuelto a bailar como si nada hubiera pasado. Las lucecitas giratorias de colores que lanzaba Charli resultaban puñaladas para mi cabeza dañada. Braulio dejó la copa a mi alcance y dijo:

—Toni, me jodió mucho no poder ayudarte.

—No te preocupes, Braulio. ¿Conocías a esos tipos?

—No, no sé quiénes eran. Chulos, debían ser. Pero si los veo otra vez, se van a enterar. ¿Cómo te encuentras?

—Bien.

Estaba bebiéndome la copa cuando Blas se acercó desde el fondo del local. Me palmeó la espalda.

- ¿Cómo te encuentras, campeón?
—Ya ha pasado el dolor.
—¿Qué te pasó?
—Nada, el chico fue más rápido. Eso es todo.
—¿Viste el gancho que le sacudí al alto?
—Sí, lo vi.
—Estuvo bueno, ¿eh?
—Sí.

Volvió a palmearme la espalda.

—Bueno, campeón, cuídate esa cabeza.

Se marchó. Braulio me ofreció otra copa y me la bebí de golpe. Era buen chico. Le había mentido a Blas con respecto a su edad para poder trabajar como ayudante de camarero. Algunas de nuestras clientas opinaban que era un muchacho guapo y que se parecía a Travolta.

Me quedé en el mostrador viendo cómo la gente se esforzaba por pasárselo bien. Pagaban para eso y no podían desperdiciar el dinero. El resto de la noche transcurrió pensando en el rubito de la cara picada y tuve tiempo de hacerlo porque no trabajé mucho. Antes de cerrar convencí a un borracho para que orinase fuera, pero eso no me costó demasiado esfuerzo.

Creo que aquello ocurrió mediada la primavera porque las noches aún eran frías. A la salida nos despedimos de los compañeros y Lidia y yo bajamos caminando por Montera hasta la Puerta del Sol. De allí subimos por Esparteros hasta mi casa.

Qué poco sabía yo entonces lo que iba a significar aquel rubio en mi vida.

2

Pocos días más tarde volví a encontrarme con el rubio de la cara picada de viruela, aunque en circunstancias muy distintas. Lo vi en El Gavilán, un club de mala nota a donde yo solía ir los días que libraba en La Luna, que eran los miércoles. Iba a El Gavilán porque conocía a Baldomero, el dueño, de cuando era preparador de la Federación y no porque El Gavilán fuese un club especialmente bueno. Era un local demasiado oscuro, estrecho y alargado y decorado con unos cuantos dibujos malos de pájaros. Baldomero lo había abierto con la idea de recibir a clientela selecta, pero desde entonces había pasado mucho tiempo. Los viernes y sábados solía haber tres mujeres en la barra, pero los días de entresemana y a última hora, acudían dos y con el aspecto de estar haciéndole un favor al dueño.

Serían las diez de la noche cuando entré al local y me acodé en el mostrador como es mi costumbre.

—¿Cómo estás? —me preguntó Baldomero.

—Bien —le contesté—. Ponme una cerveza.

Me la puso y la bebí lentamente. El local estaba vacío, excepto en una de las mesas del fondo que estaba ocupada por tres figuras borrosas. Se inclinaban sobre la mesa y hablaban a susurros y de forma contenida. No pude distinguir el aspecto que tenían, ni otro signo exterior, fuera de que eran hombres, dos de ellos jóvenes y el tercero gordo y un poco cabezón.

Precisamente el gordo cabezón se levantó de golpe de su silla y le sacudió una sonora bofetada al que tenía al lado. Sonó como un pistoletazo.

—¡Estúpido! —gritó.

La silla cayó al suelo y el tipo golpeado se levantó a su vez. Su mano salió disparada hacia la cara del gordo y se la cruzó dos veces sin mediar palabra. El gordo bufó, asombrado de que pudieran hacer eso con él. Luego, el otro se levantó también. Los tres permanecieron en silencio, de pie y contemplándose.

Los jóvenes vestían cazadora de cuero negro. Uno de ellos era moreno y el otro rubio. El rubio soltó una carcajada, metió su mano en el interior de su cazadora y sacó una enorme automática. Disparó sin hacer el menor comentario. El gordo fue despedido hacia atrás, abrió los brazos y chocó contra la pared. Comenzó a resbalar lentamente hacia el suelo con los ojos desmesuradamente abiertos y una expresión de asombro en la cara.

Me tiré al suelo con mi Llama del 38 de Gabilondo y Cía. en la mano, al tiempo que oía silbar encima de mi cabeza las balas que me había dirigido el otro muchacho. Se clavaron en el mostrador a la altura de mi vientre y todavía deben seguir allí, por si alguien quiere verlas.

Yo, en cambio, le vacié el tambor en la cara. Trastabillé unos pasos y finalmente cayó a un lado de la puerta sin exhalar un gemido. Giré sobre mi cuerpo y apreté el gatillo inútilmente en dirección al rubio que a su vez había llenado de plomo el suelo alrededor mío. Pero mi revólver sonó a vacío.

El rubio había perdido unos segundos acercándose al gordo y disparándole a quemarropa y aquello me salvó la vida. Después, con la velocidad de un gato, ganó la salida saltando sobre el cuerpo de su compañero.

Me levanté y corrí detrás de él. Al llegar a la puerta, me incrusté contra el cuerpo de un individuo vestido de verde y con gorra de plato, que entraba. Caí hacia atrás con la sensación de haber tropezado con un buzón de correos.

El tipo ni se inmutó. Alzó la pierna sobre el cuerpo del moreno y sin que se le hubiese movido la gorra, siguió su

camino. Me puse de nuevo en pie y me abalancé a la calle. Estaba desierta, no había ni rastro del muchacho. Fui hasta el centro de la calzada y miré a ambos lados. Enfrente vi un enorme Mercedes negro que descansaba como una ballena en una playa desierta. Me acerqué y lo miré. Estaba vacío. Sobre el asiento trasero distinguí un abrigo azul arrugado.

Pero al muchacho rubio parecía que se lo había tragado la tierra.

El tiroteo había durado un minuto escaso. Regresé a El Gavilán.

—¿Qué... qué ha pasado, Toni? —tartamudeó Baldo-
mero, asomando la cabeza por el mostrador.

—Avisa a la policía —le indiqué.

—Sí, ahora mismo —desapareció temblando tras la
puerta de la oficina.

El tipo del uniforme estaba agachado al lado del cuerpo del gordo. Lo observaba con atención. Me acerqué a él, se levantó, y giró lentamente hasta darme cara. Me sacaba la cabeza y lo menos diez kilos. Probablemente tuviera que hacerse la ropa a medida, sobre todo la chaqueta. Era grande, ancho de hombros hasta la desmesura y con el rostro cuadrado y azulado por la barba. Era de éstos que necesitan afeitarse al atardecer si quieren parecer aseados. Sus ojos negros y pétreos reflejaban una absoluta indiferencia.

—¿Ha visto dónde se escondió el muchacho? —le pregunté—. Salió un poco antes de que usted entrara.

—No volví la cabeza —contestó.

—¿Quién es? —le señalé el cuerpo del gordo.

—Mi patrón.

—Se lo cargó el chico rubio que vio salir. ¿Lo conoce?

—No.

—¿Y a ése? —le señalé al moreno.

—Tampoco.

—¿De quién es el coche negro que hay fuera?

Señaló el cuerpo del gordo.

—De Don Valeriano Cazzo.

Le habían volado la parte posterior de la cabeza y el tiro de gracia había completado el trabajo. Su sangre, mezclada con sesos y pelo, formaba un charco a su alrededor y manchaba su hermosa chaqueta. Me miraba desde el suelo con los ojos desorbitados y la boca entreabierta.

Entonces lo reconocí.

Como casi todo el mundo, yo también había oído hablar de Valeriano Cazzo. Era uno de esos sujetos que aparecen siempre en la televisión declamando en contra del aborto, el divorcio, la violencia y cosas así. Le llamaban el defensor de la familia y se decía que en cuanto se lo propusiera podría llegar muy lejos en política. Ahora no parecía gran cosa.

—¿A qué ha venido aquí su patrón? Éste no parece un lugar para él.

Se encogió de hombros.

—No lo sé, a mí no me dice nada. Yo voy donde me manden.

Me acerqué hasta el cuerpo del chico moreno. No estaba mejor que el otro. Las balas blindadas de mi Gabilondo le habían convertido la cara en algo semejante a un plato de callos crudos. Era un muchacho alto y de complexión atlética y parecía joven. Su pistola, una Star niquelada, descansaba a su lado.

Guardé mi Gabilondo y encendí un cigarrillo. El de la gorra no me preguntó por qué tenía yo un revólver, ni qué había hecho con él. Dio media vuelta, caminó hasta una de las mesas, descorrió una silla y se sentó. Todo en él era parsimonioso, lánguido, con esa calidad de movimientos que tienen los felinos.

Baldomero llegó de la cocina con una botella de coñac Torres que colocó encima del mostrador. Hizo un gesto al chófer y éste negó con un movimiento de cabeza. Yo la destapé y me aticé un trago de lo menos diez minutos. Baldomero hizo lo mismo.